



EL DEFENSOR DEL BELLO SEXO.

PERIÓDICO DE LITERATURA, MORAL, CIENCIAS Y MODAS,
DEDICADO ESCLUSIVAMENTE Á LAS MUGERES.

ANÁLISIS DE LA MUGER.

(Continuacion.)

El carácter de la muger se forma, así como el del hombre, por la impresión que por medio de los sentidos, ejerce en su alma todo lo que las rodea, y contribuye á ello eficazmente la posición que ocupan desde su infancia. Esto se concibe al considerar lo que le ocurre desde su entrada en el mundo, y principia á alternar con el otro sexo. Desde el momento que comienza á sentir, la inteligencia que mas adelante ha de desarrollar, se apercibe

de que la naturaleza la ha formado, mas débil que al hombre. Si juega con sus pequeños compañeros, es su víctima, y ellos que aun no han aprendido á ser justos y generosos, la sustraen los juguetes y los dulces. La niña ve que el hombre levanta pesos cuya enormidad quebrantaria á la muger; coteja la diferencia de las fuerzas de su padre y de su madre; comprende que esta teme á su marido y no tarda en temer tambien al sexo fuerte, temor que se aumenta con el que habitualmente advierte en su madre ó sus amigas. Este hábito de mirar al hombre bajo aquel

aspecto, pudiera quizá prepararlas únicamente á la dependencia; pero hay otras varias causas que las obligan á someterse: en breve conocen que el hombre es dueño de todos los bienes, y que de él reciben el hospedage, el vestido y el alimento.

La naturaleza las ha provisto de los medios mas á propósito para dulcificar su esclavitud y desarmar á sus tiranos: saben amar, agradar y conmover: su ternura los atrae y los hace humanos y generosos. Es tan dulce ser amado, que hasta agrada serlo de una jóven, aunque no reuna el mérito necesario. Las mugeres se hacen apreciar de los hombres, aun antes de poderles ser útiles; sobresalen en ternura, á cuyo sentimiento se ligan en la infancia, y contrayendo el hábito de ser afectuosas se forman con él, y aprenden el modo de parecerlo. Sus miradas, la inflexion de su voz, la eleccion de términos para espresar sus afectos, todo en ellas lisongea y satisface á los hombres, y por decirlo de una vez, si en algunas ocasiones exageran la espresion de su sentimiento, es porque les conviene asi. Compárense las caricias que hacen un niño y una niña; las del primero son vivas, bruscas, petulantess; en tanto que las de la segunda dulces, tímidas, y con cierta reserva revelan que demostrando suma ternura, ocultan mucha mas.

Lo que hemos dicho acerca de la delicadeza de los órganos, viveza de las sensaciones, y movilidad del alma de la muger, hace por precision que sean mas inclinadas á la piedad que el hombre, y de seguro esta es una de sus mas relevantes prendas. A la vez, tambien es uno de los recursos de que se vale su fecunda imaginacion; conociendo lo sensibles que son á la piedad, procuran escitarla en los hombres, y

de este modo eluden muchas de sus injusticias, oponiéndola á sus caprichos. La naturaleza no las ha dotado de la fuerza suficiente para combatirlos, y en cambio les ha dado la necesaria para someterlos.

Persuadidas del valor de sus lágrimas, no las economizan, y aun hay mugeres que se ejercitan en el arte de llorar. Las lágrimas de las jóvenes son las mas veces un language, un idioma, y aun mas la espresion de un capricho que de una pesadumbre; lo mismo lloran para obtener un goce, que por hallarse preocupadas de un sentimiento.

El ejemplo y la reflexion, las instruyen desde luego de la necesidad de ser complacientes para con las personas bajo cuya dependencia han de vivir. El deseo de agradar, es una de las pasiones que mas se desarrollan en su temprana edad, y cuya necesidad prevén; pero es preciso no confundir en ellas, la coquetería que procede del deseo de ser amadas, con el de agradar, que no exige sino la aprobacion, ni busca otra cosa que la amistad.

V. R. G.

(Se continuará.)

POESIA.

A SEGOVIA.

I.

Esconde ya la amarillenta frente
en ese polvo que arrebató el viento,
y no en sus pliegues misterioso acento
el alma pensadora venga á herir.
Esconde tu blason entre las sombras,
arrastra por el barro tu corona,
tiembla si al ruido que el Eresma entona
sientes tus torreones sacudir.

¿Dónde están tus vasallos y tus reyes,
tus bravos y atrevidos paladines;
qué se hicieron tus zambros y festines,
qué tu rojo estandarte y tu pendon?
Poco vale ese pueblo que te habita
y esas piedras ruinosas del castillo,
no cuelgan ya las horcas ni el cuchillo
de altiva torre ó hueco torreón.

No suenan ya las báquicas canciones,
ni el murmullo falaz de tus orgías,
ni en revueltas y alegres griterías
se lanzan tus valientes á la lid.
Todo acabó: y en la callada noche,
entre sus sombras negras, cenicientas,
á la luz de la luna amarillenta
no canta á su querida el adalid.

Llora al pie de ese rio murmurante
tu pompa, tu riqueza y tu hermosura;
llora entre el polvo de muralla dura
lo que tu gloria en otro tiempo fué.
Llora y sepulta en sus hondosas aguas
con el olvido el vergonzoso llanto;
llora y medita en tu feroz quebranto,
que yo un recuerdo á tu esplendor daré.

II.

Ya en tus altivas almenas
no se vé la lanza mora,
ni el sol con su brillo dora
el reluciente metal.
Pasó tu edad de placeres,
de riqueza y de ventura:
si duermes en noche oscura,
duermes con fama inmortal.

Ya en tu alcázar opulento
no hay saraos ni festines,
ni rendidos paladines
suspirando por amor.
No hay despiertos centinelas
velando por sus señores,
ni se escuchan los amores
del amante trovador.

Solo se ve el acueducto,
monumento de Trajano,
gloria de artista romano
y de mi patria esplendor;
Y entre sus negras paredes,
la tierra que se conserva,
brotar se mira la yerva
con fatídico verdor.

¿Dónde están las seductoras
y discretas cortesanas?
¿adónde van las sultanas
con su lujo, adónde van?
¿Por qué á la voz del califa
no vienen damas hermosas
conducidas, cariñosas,
por eunucos del sultan?

¿Por qué las niñas morenas
de corazon tan ardiente
como el sol que refulgente
en su patria las tiñó,
no ostentan hoy sus hechizos,
desnuda la media espalda,
flotante la hermosa falda,
al galan que las amó?

¿Por qué no van presurosas,
descubierto el bello brazo,
á gozar en el regazo
de su rendido adalid?

¿Por qué á su voz cariñosa
no se lanza el tierno amante,
noble, intrépido, arrogante,
á la borrascosa lid?

Pasaron tus sueños de oro...

ya no se vé en los torneos,
adquirir gloria y trofeos
al noble batallador:

que despues de conquistarlos
parte veloz como el viento
para rendido postrarlos
á la prenda de su amor.

Ya en las torres elevadas
que hasta las nubes llegaron,
y rayos del sol brillaron,
en su calado punzon,
no hay prisioneros ocultos,
ni al través de las ferradas
hondas puertas y cerradas
se mira el mudo sayon.

En las salas orientales
del castillo, ya no hay danzas,
ni se acechan las venganzas
contra el déspota señor.
Brama el viento sordamente
en sus rincones oscuros,
ó agita en los altos muros
al soldado velador.

Y es dulce escuchar sus ecos
entre las medrosas sombras
de una sala sin alfombras,
sin pintura y sin tapiz:
ó arrancar silvestres flores
y tenderlas sin consuelo,
solitarias por el suelo,
sin aroma y sin matiz.

Otras veces levantarse
en horrendo torbellino,
y agitarse en el camino
con revuelta confusion;
luego elevarse á las nubes
como las opacas nieblas
que envuelven en sus tinieblas
al caduco torreón.

Otras veces rebramando
en los largos corredores,
con sus gritos destructores
sentir las puertas crugir;
y cerrarlas de repente
con sus chirridos agudos,
ó ya los cerrojos mudos
verlos cerrarse y abrir.

Es grato en las celosías
ver los vidrios de colores,
do platicaban de amores,
segun costumbre oriental,
las hijas del medio-día,
nobles y bellas sultanas,
morenas como livianas,
de figura celestial.

Pero en vez de lujo tanto
tal vez se mira, entre asombros,
amontonados escombros
junto al roto murallon.

Y en lugar de la mezquita
de la gente musulmana,
queda una iglesia cristiana
y una hermosa religion.

III.

De ese rio en la margen turbulenta
una ciudad ruinosa se levanta,
de nuestra historia página sangrienta
cuya memoria el corazon espanta.

Allá en la tarde silenciosa y triste
se divisan algunos chapiteles;
ni un mármol solo conservado ecsiste,
ni esculpidas coronas ni laureles.

Poco á poco las torres carcomidas
rodarán por su propia pesadumbre,
y entre la arena quedarán perdidas
bajo ese sol de esplendorosa lumbre.

¡Oh tiempo, tiempo! en tu veloz carrera,
¿qué hiciste de sus dueños opulentos?
misterio oculto en la enlutada esfera
esconde sus cenizas en los vientos.

Otra ciudad tal vez con tus despojos
potente y rica se alzaré en la tierra;
tú al polvo inclinas los cansados ojos
turbios con el vapor de cruda guerra.

Tú del destino á la implacable mano
duermes en la fatídica indolencia:
sufre ¡oh Segovia! su terrible arcano
sin guerreros, sin armas ni opulencia.

Duerme al murmullo del Eresma hundoso
cual reina abandonada, sin corona;
que en las alas del viento vagaroso
tu fama un ángel con amor pregona.

En tu alcázar un día se esculpieron
colosales estatuas á tus reyes,
y en sus salones de oro se escribieron
de *Alfonso el Sabio* las famosas leyes.

La villa de Madrid que hoy orgullosa
desprecia tus recuerdos y hermosura,
tu tropa un tiempo conquistó fogosa
al golpe fiero de la lanza dura.

¡Y hoy te desdennan como á vil matrona
sin tocado que oculte tu pobreza...!
¡hoy te miran sin manto y sin corona
hundida ya en los siglos tu grandeza...!

Duerme entre sombras, reina envejecida,
al fulgor de esa luna refulgente,
en fúnebre silencio sumergida,
al rápido bramar de ese torrente.

¡Duerme! que el alma triste, pensadora,
un suspiro te envía en sus canciones,
y la suerte tirana y opresora
no de la lira apagará los sonos.

Con lento paso entre la arena hundiendo
oculta, oh reina, las tupidas mallas:
en polvo el huracan va sacudiendo
las piedras de tus cóncavas murallas.

Descansa entre vapores fluctuando
sin tus nobles y muelles cortesanas:
al golfo del dolor vé caminando
con tus pobres y miserables villanas.

Yo sin nombre, sin gloria y sin fortuna,
lamento aquí tu misero abandono;
aunque ese mundo vil que me importuna
no dé un recuerdo á tu esplendente trono.

Esconde ya la amarillenta frente
en ese polvo que arrebató el viento,
y no en sus pliegues misterioso acento
el alma pensadora venga á herir.
Esconde tu blason entre las sombras,
arrastra por el barro tu corona,
tiembla si al ruido que el Eresma entona
sientes tus torreones sacudir.

Llora al pie de ese rio murmurante
tu pompa, tu riqueza y tu hermosura;
llora entre el polvo de muralla dura
lo que tu gloria en otro tiempo fué.
Llora y sepulta en sus hundosas aguas
con el olvido el vergonzoso llanto;
llora y medita en tu feroz quebranto,
que yo un recuerdo á tu esplendor daré.

LUIS RIVERA.

HISTORIA ROMANA.

NUMA POMPILIO 2.º REY.

Después de la muerte de Rómulo, los sabios y romanos no podían convenirse en la elección de un sucesor. En esta incertidumbre el Senado nombró un interrey, que se renovaba de cinco en cinco días. Esta costumbre se conservó aun después de la república.

El Senado propuso hábilmente al pueblo nombrase rey, reservándose el derecho de confirmarlo. El pueblo, contento con esta deferencia, dejó la elección al arbitrio del Senado. Muchas veces se vió en Roma esta disputa de union entre ambas clases. Habiendo echado suerte los dos pueblos para ver cuál debía elegir un rey del otro, cupo la suerte á Roma. Había un sabino, natural de Cures, generalmente respetado por sus virtudes, enemigo del lujo, de la ambicion, religioso, observador ferviente de la justicia, y habituado á vencer sus pasiones. Los ciudadanos y estrangeros le tomaban por árbitro. Estaba retirado en el campo, y entregado al estudio. Este era el sabio Numa. La elección de los romanos le nombró rey, y la aprobación universal lo confirmó. Los dos que habían tenido mas votos para esta dignidad, fueron encargados de hacer saber á Numa la elección. El príncipe filósofo, lejos de deslumbrarse con el esplendor de la corona, conoció su peso y la rehusó. Las

cualidades, dijo, que me han ganado vuestra estimacion me apartan del trono, porque me llaman al retiro, al estudio y al descanso. Sois ambiciosos y yo no: gustais de guerras y conquistas: yo prefiero la paz á todo: vosotros necesitais de un general mas que de un rey. Su negativa aumentó el deseo de tenerlo por gefe. Se resistió algun tiempo á las instancias de los romanos y su familia; pero al fin le obligaron á abandonar su soledad: hizo sacrificios á los dioses y partió á Roma. El Senado y el pueblo salieron á recibirlo. La entrada de Numa en Roma fué el triunfo de la sabiduría y la virtud. El interrey, para mas completar la satisfaccion pública, mandó que el pueblo procediese de nuevo á la eleccion: los votos fueron unánimes. Los auspicios consultados fueron favorables. Numa adornado del cetro, la corona y manto real, bajó á la plaza pública en medio de las aclamaciones del pueblo.

Rómulo habia conquistado á Roma con las armas. Numa emprendió consolidarla con la paz y la religion. Edificó el templo de Jano, cuyas puertas debian estar abiertas en tiempo de guerra, y cerradas en tiempo de paz. No se abrieron en todo el tiempo que él reinó. Numa, para dar á sus instituciones una sancion celeste, hizo creer al pueblo que eran dictadas por la ninfa Egeria, á la cual consultaba en un bosque sagrado. Rómulo no habia contado en el año mas que 40 meses; Numa añadió los dos meses de enero y febrero. Creó muchos sacerdotes, entre ellos los de Marte, Júpiter y Rómulo, á quien se adoraba bajo el nombre de Quirino. Arregló el establecimiento de las Vestales; creó cuatro que no habian de tener menos de seis años, ni mas de diez. Guardaban voto de castidad hasta la edad de 30 años, y si lo violaban eran empaderadas en una cueva, donde solo les dejaban un pan y un jarro de leche. Creó un colegio de teciales ó reyes de armas. Unos mantenian el orden en las asambleas públicas; otros declaraban la guerra y la paz; se les enviaba de embajadores á los pueblos extranjeros, y fijaban un término para recibir respuesta. Para hacer respetar la justicia y las propiedades, estableció Numa fiestas en honor del dios Término, deificando la base de la civilizacion y sociedad política que es la propiedad. Hizo excelentes reglamentos de policía, y para aumentar el orden, la tranquilidad y union de los ciudadanos, clasificó el pueblo por corpo-

raciones, mezclando hábilmente en ellas á los sabinos y romanos. Repartió entre los pobres las tierras conquistadas, y dió tal honor á la agricultura, que mucho tiempo despues de él, los generales y magistrados se complacian en dirigir el arado con las mismas manos que habian sostenido la balanza de la justicia y la espada de la victoria.

Numa no peleó en un reinado de 43 años: no hubo en Roma ni guerra ni sediciones: la felicidad pública fué la consecuencia de la gloria militar. Los extranjeros admiraron las virtudes de los romanos, los elegian por árbitros. Numa realizó la idea de un sabio de la antigüedad: «la filosofía en el trono es la felicidad de los pueblos.» Licenció la guardia creada por Rómulo, diciendo: «no reinaré en un pueblo que me inspire alguna desconfianza.»

Erigió un altar á la buena fé. Numa murió á los 83 años de edad y 43 de reinado. Los patricios llevaron su féretro, los sacerdotes formaban el duelo, y los gemidos de todo el pueblo fueron su oracion fúnebre. Prohibió que quemasen su cadaver, que fué enterrado en un ataúd de piedra al pie del Janículo, y entre los 14 libros que habia compuesto. Uno y otros se conservaron hasta cinco siglos despues: de su cuerpo nada quedaba; pero sus manuscritos estaban intactos. El pretor Petilio los leyó, y declaró al Senado que su publicidad dañaria á la religion, y fueron quemados.

ESTUDIOS BIOGRÁFICOS.

ISABEL LA CATOLICA.

(Continuacion.)

Su confesor declaró no obstante; que en sus últimos momentos habia designado como heredera á la princesa Juana. En consecuencia el marqués de Villena y el duque de Arévalo hicieron reconocer á la hija de Enrique en Madrid, Burgos, Leon, Córdoba y casi toda la Andalucia y la Galicia: estos señores eran tutores de Juana, querian casarla con el príncipe que mejor sirviera á su ambicion personal, y en fin, esperaban gobernar el reino en su nombre. Pero adelantáronse los segovianos, y al día siguien-

te del fallecimiento de Enrique proclamaron á Isabel como reina de Castilla, con la mayor solemnidad, y segun la costumbre de aquellos tiempos.

El gobernador Cabrera, concluida que fué la ceremonia, puso á su disposicion el tesoro y las joyas del difunto rey, que sirvieron de gran utilidad á nuestra heroína. En aquellos momentos no se hallaba ningun grande en Segovia: hasta el príncipe Don Fernando estaba en Aragon ocupado en reunir las córtes para escogitar los medios necesarios de salvar á Perpiñan de la dominacion francesa. Pero muy pronto fueron concurriendo el cardenal de Mendoza, el conde de Benavente, el arzobispo de Toledo, el marqués de Santillana, el duque de Alba, el Almirante, el conde de Triviño, el Condestable, D. Beltran de la Cueva, ya duque de Alburquerque, y muchos otros grandes por sus procuradores, todos los cuales juraron por reyes y señores á Doña Isabel y á D. Fernando. Este príncipe, tan pronto como supo la muerte del rey, salió de Zaragoza para auxiliar á su esposa, y entró en Castilla precedido del estandarte real. Isabel, bajo pretexto de los preparativos necesarios para su recibimiento, le persuadió á que se detuviese en Turégano, y en este corto intervalo reunió á los señores castellanos y consultó con ellos el importante punto acerca del modo con que se habia de ejercer el poder: ahora veremos que en esta ocasion, aunque Isabel amaba apasionadamente á su marido, tampoco perdió de vista lo que interesaba á su reino.

D. Fernando hizo su entrada solemne en Segovia el dia 2 de Enero de 1475; y hé aquí como se decidió la forma en que habian de gobernar entrambos príncipes (1). «Que asi el rey como la reina sonasen juntos en despachos, pregones, monedas, sellos etc., primero el nombre del rey y luego el de la reina: pero que en el blason ó escudos de armas, precediesen las de Castilla á las de Aragon y Sicilia. Que los homenajes de las fortalezas se hicieran á la reina: las presentaciones de los obispados, etc., en nombre de los dos, á voluntad de la reina; que los corregimientos los proveyese el rey con facultad de la reina: que la justicia se administrase en nombre de los dos, estando juntos, y cuando en diversas partes, en el

de aquel que quedase con el consejo formado. Tambien se estableció el modo de distribuir las rentas.»—Sobre algunos de los puntos que acabamos de indicar, ocurrieron no pocas dudas, y aun D. Fernando demostró claramente su resentimiento por la superioridad de facultades que á su esposa se concedian; mas esta consiguió aquietarle dulcemente con las protestas de su amor y con las mayores seguridades de que ella solo sería reina donde él fuese rey. Acordes ya en cuanto al modo de gobernar, veamos la conducta de Isabel como reina. En primer lugar será bueno recordar el tristísimo estado en que se encontraban sus pueblos. Veíanse dominados por un resto del poder feudal, porque los señores querian ser mas que los reyes: como no se respetaba al príncipe, desconociase la justicia, y el crimen y los vicios prevalecian con la completa impunidad; los campos estaban incultos á causa de la guerra, y los caminos intransitables é infestados de salteadores: en fin, el erario público estaba exhausto, la corona no tenia estados por las prodigalidades de los reyes, sus antecesores, y todo se hallaba en el mayor desórden.

Semejante situacion, agravada por la guerra de los partidos, hubiera ciertamente retraido á cualesquiera otros príncipes de ceñirse la corona; pero Isabel y Fernando, lejos de acobardarse, comenzaron á desplegar toda su política, y á fuerza de prudencia, de constancia y de un valor admirable, consiguieron el mas feliz resultado. Tan pronto como fué proclamada la reina en Segovia, confirmó á la ciudad sus privilegios, brindando asi con amabilidad y premios á todos cuantos no eran adictos á su persona, y este ejemplo de dulzura y generosidad surtió muy buenos efectos: no obstante, tuvo mucho que hacer para inutilizar los esfuerzos de poderosos enemigos. El arzobispo de Toledo se retiró muy descontento de la córte: Isabel estaba pronta á dar los primeros pasos para una reconciliacion; pero informada de que serian inútiles abandonó su designio, diciendo que no queria desairar la magestad real. El marqués de Villena, hombre astuto, ambicioso y no muy acostumbrado á guardar su palabra, pues para él nada habia sagrado, como no fueran sus intereses, entabló alternativamente negociaciones con el rey de Portugal y los de Castilla, con objeto de que todos sirviesen á la elevacion de su fortuna; propuso á Fernando é Isabel reconocerlos por

(1) *Reinas Católicas*, tomo 2.º, pág. 800.

reyes, siempre que le acordasen el gran maestrazgo de Santiago y el casamiento de Doña Juana con un príncipe de casa reinante. Isabel descubrió al momento el lazo que se la tendía, y rehusó todo acomodamiento que no tuviese por base poner en su poder á la princesa Juana, para casarla de un modo conveniente á la quietud de sus estados. Defraudadas las esperanzas de Villena, dió á su negativa un color de probidad, y dijo que de ningún modo faltaría á la promesa que había hecho al rey Enrique en sus últimos momentos; y sin perder un instante propuso la mano de Juana á su tío Alfonso V, rey de Portugal. Este príncipe famoso por sus victorias contra los moros, pero imprudente, crédulo y no de muy grande capacidad, vino á perder su reputación en una empresa mal concertada. Al saber que el arzobispo de Toledo se había hecho partidario de Juana, marchó á Plasencia á la cabeza de veinte mil hombres, se casó con su sobrina y ambos se hicieron proclamar reyes de Castilla y de Leon. Fernando, mientras se disponía á arrojarles del reino, tomó por represalias el título de rey de Portugal. Entonces Juana calumnió públicamente á Isabel, acusándola de haber envenenado á su padre, y declaró que si las cortes de Castilla no reconocían sus derechos, se auxiliaria hasta de los infieles para ocupar el trono á que la llamaba su nacimiento. Aquella amenaza solo produjo indignación entre los fieles castellanos, y la guerra se encendió por todas partes. Entonces Isabel y Fernando se hallaban en Valladolid y conocieron que era llegado el caso de obrar separadamente, aunque de acuerdo, para aquietar los ánimos que tanto se habían enardecido. La reina se encargó del gobierno de Toledo y de Andalucía: pasó á Tordesillas, dejándola en buena defensa, y acompañada del Condestable y los duques del Infantado y Alba, fué á Toledo, donde puso por Asistente al conde de Paredes, desterró á los partidarios del arzobispo, y el marqués de Villena se adquirió el favor de los otros señores principales, y desde allí dictó las mejores providencias para asegurar los reinados de Andalucía y Murcia. Hemos dicho que el erario estaba exhausto, y como la guerra con Portugal exigía grandes caudales, Isabel marchó inmediatamente á Segovia, echó mano del tesoro que allí había dejado su hermano, é hizo labrar moneda; providencia con la cual pudo por el pronto sufragar

los gastos de la guerra. Mientras tanto, su esposo había levantado un ejército de cuarenta y dos mil hombres, con el cual se igualó en fuerzas á su rival: en cuanto á las ciudades y villas se declararon unas por Doña Juana y otras por Isabel. El arzobispo de Toledo, á la cabeza de quinientos caballos, se reunió al ejército portugués; y entonces fué cuando este prelado ambicioso, vengativo y celoso del crédito que gozaban con la reina el cardenal de Mendoza, el Almirante y el duque de Alba, exclamó: «*Quiero obligar á Isabel á que vuelva á hacer uso de su rueca.*» Hízose la guerra por algun tiempo con éxito vario; pero logrando Alfonso cortar los víveres del ejército castellano, Fernando se encontró en un gravísimo riesgo. La reina, que á todo proveía, organizó instantáneamente otro cuerpo de ejército en tierra de Valladolid, y auxilió con él tan eficazmente á su esposo, como pudiera haberlo hecho el general mas hábil. Por entonces se reunieron las Cortes en Medinilla del Campo y concedieron á Isabel el permiso de tomar la mitad de las alhajas pertenecientes á las iglesias para mantener las tropas; pero con la condición de restituirlas cuando la guerra terminase. Al mismo tiempo los reyes de Castilla enviaron embajadores al Papa, quien les aseguró su benevolencia y particular amistad, lo cual no dejó de resfriar á los partidarios del rey de Portugal. El cardenal de Mendoza negoció secretamente con este príncipe, y recibió la promesa de evacuar el territorio castellano, á condición de que se le pagasen los gastos de la guerra y se le cediesen las ciudades de Toro y Zamora, casi fronterizas de Portugal. Isabel publicó estas condiciones, protestando que en ningún caso consentiría en que la monarquía perdiese ni una sola aldea; y de este modo conquistó el corazón y el brazo de todos los buenos ciudadanos: de sus resultados, Ocaña y Zaragoza la juraron fidelidad. Fernando hizo sus tentativas para conquistar la plaza de Zamora: por su parte Isabel puso en buena defensa el castillo de Burgos, que como capital de Castilla era punto de grande interés en aquella época.

Supo que el hijo del rey de Portugal venía con gran refuerzo de tropas á reunirse con su padre, y al momento pasó con las suyas á Tordesillas para estar pronta á acudir donde lo exigiese cualquier evento; allí tuvo la satisfacción de que le participasen la célebre victoria que su esposo con-

siguió contra los portugueses en marzo de 1476 (1); victoria que puede decirse terminó la guerra, porque el rey de Portugal no pudo luchar mas contra el esfuerzo de los castellanos y la suerte que se habia declarado por sus armas.

Poco despues concluyó el sitio de Perpiñan: los franceses tomaron esta plaza despues de una defensa vigorosa de ocho meses, durante los cuales se vieron los sitios reducidos hasta el punto de alimentarse con cadáveres humanos. La toma de aquella plaza dió lugar á la tregua entre franceses y aragoneses. Luis XI concluyó otro tratado con el rey de Portugal, en el cual ofrecia apoyarle con todas sus fuerzas en la Castilla á condicion de que le cediese la Vizcaya: al mismo tiempo (y esto revela la política de aquel rey de Francia) negociaba con los reyes de Castilla el casamiento de la infanta Isabel con el Delfin su hijo, despues rey con el nombre de Carlos VIII. Sin embargo, cuando Alfonso se vió vencido, fué á Francia y solicitó afectuosamente los socorros que Luis XI le habia ofrecido, y regresó á sus Estados, no sin haber intentado antes abdicar en favor de su hijo, é ir á

(1) Esta famosa batalla se libró en los campos que median entre Toro y Zamora. Fué muy sangrienta, y aun cuando los castellanos alcanzaron la victoria, seria injusto callar que la pagaron bien cara. El ejército enemigo se portó con gran valor: hubo caballeros portugueses y castellanos que hicieron voto de aguardar cada uno á cuatro caballeros enemigos sin volver la espalda, de combatir contra tres, de aprisionar dos vivos etc. El cardenal de Mendoza y el arzobispo de Toledo, cada cual en su ejército, se hallaban siempre en lo mas recio de la pelea: en fin el siguiente rasgo dará á conocer lo que debió costar á D. Fernando ceñirse el laurel en aquella jornada. Eduardo de Almeida era el caballero que llevaba el estandarte real de Portugal: otro caballero español formó un decidido empeño en apoderarse de tan importante insignia, y entonces comenzó entre ambos una lucha de que habrá pocos ejemplos en los fastos militares. El español cortó á Almeida la mano derecha, y este se apresuró á coger y defender el estandarte con la izquierda: tambien le fué cortada esta mano, pero le sujetó entre sus brazos mutilados: herido asimismo en los brazos asió el estandarte con los dientes, y en aquella posicion se desangró y murió heroicamente sin apartarse de su puesto. «La accion de Almeida, dice Mad. Dufrenoy, puede servir para dar una idea del heroismo que el espíritu de caballería inspiraba en aquellos tiempos.»

Roma para entrar en un convento. La princesa Juana se retiró tambien á Portugal: Toro era ya la única plaza que le obedecia en Castilla, y fué tomada por Doña Isabel y sus caballeros el 28 de setiembre del año antes citado: el alcázar defendido tenazmente por Doña Maria Sarmiento, muger de su alcaide D. Juan de Ulloa, se rindió tambien, y la reina recibió con la mayor benevolencia á la valiente alcaidesa, abrazándola y perdonándola sin restriccion alguna: rasgo digno de la heroína de Castilla, tan terrible para combatir á los rebeldes como humana y cariñosa con los que miraba rendidos. Acordó tambien Isabel un salvo-conducto á cuantos portugueses se lo pidieron, y estos y otros actos de generosidad dieron el golpe de gracia á sus enemigos. Algun tiempo antes se habia contratado el matrimonio de la infanta Doña Isabel de Castilla con el príncipe Fernando, nieto del rey de Nápoles; pero mientras que ambas Cortes formaban esta alianza, unos cuantos sediciosos se sublevaron en Segovia y quisieron apoderarse del alcázar donde estaba guardada la jóven princesa: Doña Isabel, apenas supo el peligro en que se hallaba su hija, marchó precipitadamente á su socorro, y la presencia sola de aquella gran reina volvió la calma á la ciudad. El brillante éxito de las empresas de Isabel y de Fernando, su valor y habilidad para gobernar, aumentaban cada dia el número de sus adictos. Los gefes del partido que sostenia á Doña Juana fueron sometidos poco á poco, y quedaron en pacífica posesion de su reino, consiguiendo sin disturbios, sin exasperar los ánimos y sin derramar sangre, no solo atraerse á los adversarios, sino tambien que la Corona de Castilla recuperase lo que durante las discordias civiles le habian usurpado los grandes.—Por entonces sobrevino la muerte del conde de Paredes, que se decia maestre de Santiago; y esta ocurrencia hizo temer algunas desgracias en Uclés sobre la eleccion de la persona que habia de sucederle en aquel importante cargo. Doña Isabel que deseaba evitarlas, por temor de que volviera á estenderse la guerra civil, recurrió á la política. Desde Valladolid pasó en tres dias á Ocaña; en seguida se apoderó de Uclés, y conquistó tan felizmente el ánimo de los caballeros, que los persuadió que eligiesen al rey por gobernador de la órden.

(Se continuará.)



Ayuntamiento de Madrid

